

Toro Cofrade Semana Santa 2018

Fiesta de Interés Turístico Regional n°12

Saluda

Junta Pro Semana Santa de Toro

Con el solsticio de primavera vuelven las fechas en las que año tras año conmemoramos la Muerte y Resurrección de Jesús el Nazareno, celebrando la Semana Santa. Y nuevamente se despiertan en nosotros todas esas tradiciones y ritos que nos diferencian, sacando a la luz de su descanso de armario nuestras túnicas, caperuzos, mantillas y capas.

Las Cofradías y Asociaciones convocan a sus cofrades a celebrar sus Cabildos, preparan sus actos, los definen; concretan los itinerarios de sus procesiones, ponen a punto los “pasos” que lucirán en cada uno de los desfiles, rememorando tradición y renovación de creencias.

Desde esta ventana que es Toro Cofrade, a la que siempre hemos querido definir así, ventana, por la que asomarnos a nuestro exterior y hacernos visibles y conocidos a través de ella; deseamos saludar a cofrades, conciudadanos y a aquellos que nos visitan en estas fechas, también a todo aquel que nos honre con su lectura, invitándole a que nos visite y conozca.

Que conozca nuestros actos más entrañables y antiguos, como la bendición de “conqueros” el jueves Santo; o el rezo y canto de “las Llagas” el miércoles Santo al final del Vía Crucis; o más reciente: la lectura del “Manifiesto” ante la impresionante imagen del Cristo del Amparo el lunes Santo; o el más nuevo, “desenclavo” o descendimiento en la tarde del viernes Santo, acto recuperado de las antiguas celebraciones.

No podemos finalizar este saluda sin un reconocimiento especial a todos los que hacen posible esta decimosegunda edición de Toro Cofrade, como articulistas, fotógrafos y por supuesto anunciantes, sin los que con su aportación no sería posible.

Sumario

Saluda. Junta Pro Semana Santa de Toro	3
Saluda del Párroco. Asistente Eclesiástico de la Junta Pro Semana Santa	7
Asociación del Santo Sepulcro y la Soledad. Capítulo I. El esplendor de una refundación. (Crescencio Álvarez Vinagre)	8
La memoria se cuelga en los balcones. (José Luis Pinilla Martín)	12
Origen de las marchas fúnebres en nuestro país (I). (David Rivas Domínguez)	15
Fotos para el recuerdo	18
La Soledad, sesenta años (Luis Felipe Delgado de Castro)	21
El Cristo atado a la columna regresa a su casa (M^a Ángeles García Hernández)	24
Verónica: la verdadera imagen (Francisco Javier Ucero Pérez)	26
1884. Toro, sus Parroquias y sus Cofradías (Roberto Castaño Joaquín)	28
Vía crucis en Toro (Paco Iglesias)	31
Pasión de Marfil y Carey: El Calvario de la Colegiata de Toro (Tomás del Bien Sánchez)	34

Edita: Junta Pro-Semana Santa

D.L.: ZA-20-2013

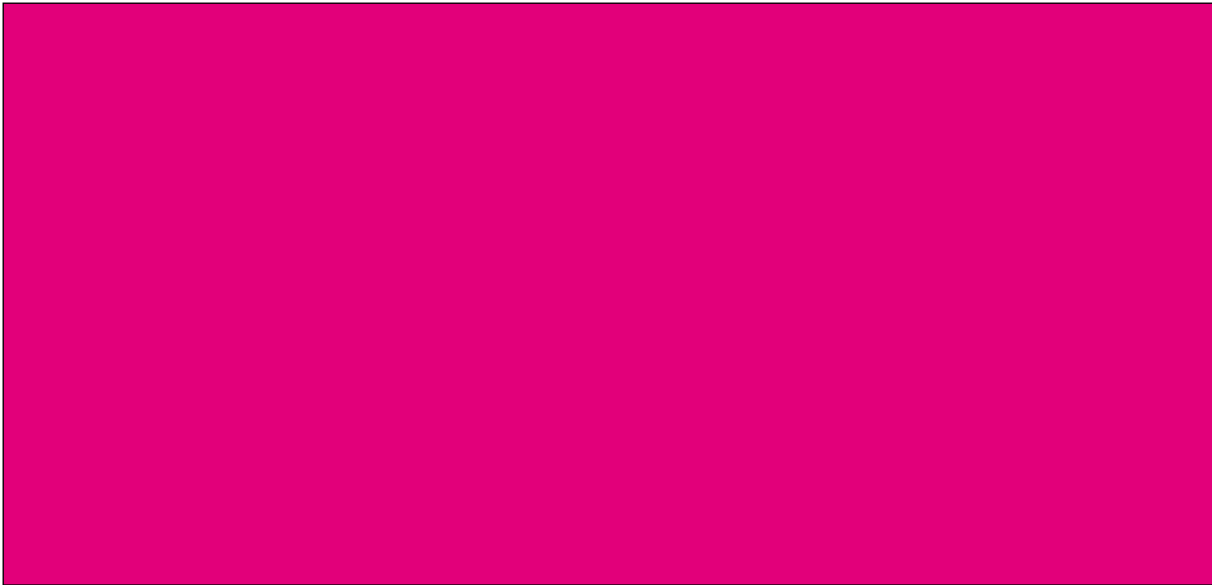
Autores de las fotos: Crescencio Álvarez (portada), Luís Falcón, Isidro de la Rúa, Cofradía de Jesús y Ánimas de la Campanilla; y de los autores de los artículos.



Editorial MIC

Tel.: 902 271 902

www.editorialmic.com



Saluda del Párroco

Roberto Castaño Joaquín

Asistente Eclesiástico de la Junta Pro Semana Santa

Hermanos y amigos:
Con las manos aún manchadas por la confección de la ceniza que en unos días se nos impondrá en las cabezas al comenzar la Cuaresma, me dispongo a escribir estas líneas que no son más que un recordatorio anual de la Semana Grande que vamos a vivir: la santa semana de Semana Santa.

Tengo aún en la mente un encuentro que mantuve no hace muchos días con directivos de nuestras Cofradías. Les preguntaba sobre cómo veíamos la Semana Santa, sus celebraciones y procesiones... Cosas materiales. Recuerdo, y lo digo con satisfacción, que los miembros de una directiva inmediatamente cambiaron el rumbo de las preguntas para dirigirlas al centro: no se trata de sólo procesiones, actos, o celebraciones; se trata de expresiones de fe.

Lo recuerdo con satisfacción pues no cabe duda que ver centrado el interés en aquello que constituye el núcleo de nuestras celebraciones, es un dato que, por extraño, resulta cuanto menos emocionante.

En efecto es necesario resituarse el centro. Es necesario hacer una purga que nos permita no embelesarnos con la frondosidad del monte y fijar la atención en el bello atardecer. Es necesario, al menos como paso primero, retirar de la retina pasos, imágenes y marchas, para desde el corazón contemplar lo importante. No podemos ser, y perdonad la expresión, los "tontos de capirote" que son incapaces de ver más allá de los capirote que les cubren.

Pero, ¿qué es lo que tenemos que ver? ¿De qué tenemos que despojarnos para ver el horizonte claro y diáfano? Tenemos que ser capaces de vislumbrar a Cristo que camina a nuestro lado no sólo en Semana Santa, sino todo el año. Tenemos que agudizar el ingenio para descubrir su mirada, sus palabras, sus caricias a través de los ojos, los labios y las manos de los hermanos que nos rodean. Tenemos que querer ver, porque no hay mayor ciego que el que no quiere ver. ¿O es que alguno de vosotros no siente bullir la alegría de Dios en el corazón ante los gritos que los niños, palma en mano, lanzan cuando le ven discurrir por nuestras calles a lomos de un pollino? ¿Quién no se enternece al descubrir la sencillez y la bondad de Dios en los pequeños que con la cruz al hombro, año tras año se sienten llamados a acompañarle?

Y para ver esto es necesario quitarnos las gafas de sol. Unas gafas que nos hacen ver fantasmas donde no los hay. Unas gafas que más que ayudarnos a descubrir hermanos, nos invitan a ver enemigos. Unas gafas que por estar toldadas para evitar la luz, no dejan que penetre la claridad de Aquel que ha venido para ser luz.

En definitiva: resituarse, centrar, buscar, descubrir y ver... Hermosos verbos que todos estamos llamados a conjugar en primera persona. Verbos sin los cuales la santa semana de la Semana Santa, dejará de ser Santa y dejará de ser semana.

La invitación es clara; como vuestro Capellán os lanzo el reto... ¿Aceptáis?

Un abrazo fraterno.

El esplendor de una refundación

Crescencio Álvarez Vinaque

EL 6 de Enero de 1941, tal y como refleja el acta fundacional de la asociación, bajo la presidencia del sr. cura párroco de Santa María la Mayor, Don Miguel Benavides y Miguel y con la asistencia de todos los asociados, se celebra una reunión en la iglesia del Santo Sepulcro, con el fin de hacer una asociación que velase por el engrandecimiento de las procesiones y cultos de Semana Santa. En dicha reunión se procede al nombramiento de su primera junta directiva presidida por Don Anacleto Carbajosa. Se acuerda por aclamación el reglamento que regiría la asociación. Se nombra al sr alcalde de la ciudad presidente de honor de la asociación y se da un voto de confianza a la directiva para que fijase cuotas y que se hiciese todo lo necesario para que sus cultos y procesiones resulten con el mayor esplendor y solemnidad. Con fecha 31 de mayo de 1941 los fundadores de esta asociación se dirigen por carta al obispado de Zamora. Exponen su deseo, contando con la adhesión de un buen número de convecinos, de restaurar las piadosas tradiciones de la ciudad, sobre la base de la extinta Cofradía de María Santísima en su Soledad y el Santo Entierro, en lo sucesivo Asociación del Santo Sepulcro y la Soledad. Habiendo formalizado las constituciones que detallan, suplican su aprobación con el objeto de poder restablecer canónicamente la extinguida hermandad. Estas serían aprobadas por el Gobernador Eclesiástico Bartolomé Chillón (sede vacante) con fecha 27 de Enero 1942

Nacida en los inicios de la posguerra, al amparo del nacional-catolicismo, exaltación oficial del catolicismo, que impregnó toda

la vida social. La unión Estado-Iglesia fue total, manifestándose en multitud de actos públicos, como consagraciones, entronizaciones, coronaciones canónicas, fundaciones y renovaciones de cofradías. De esta mutua colaboración Iglesia-Estado dan cuenta las ordenanzas de la asociación, que obligaba a presidir al alcalde con la insignia de la cofradía todos sus actos, asambleas y procesiones. Hoy en día, como reminiscencia de ese pasado y de forma testimonial, como marcan sus actuales estatutos, se sigue realizando un sencillo acto, previo a la procesión del Viernes Santo, en el salón de plenos del ayuntamiento, en el que el abad mayor intercambia con el sr. alcalde la insignia de la cofradía y el bastón de mando de la ciudad.



Desde sus inicios la asociación desarrollo un amplio programa de cultos y procesiones hasta cinco llegó a organizar, destacando el Vía Crucis organizado para trasladar la venerada imagen de Jesús Yacente el Miércoles Santo y la procesión del Santo Entierro, la más solemne de cuantas se celebraban en la ciudad. En cuanto a los cultos destacaba la "vela" a la Virgen de la Soledad que concluía con un Vía Crucis y sermón. Para

ello contaba con la adhesión de más de 400 hermanos, un número nada despreciable para una cofradía en el año 1941. Estos procedían de las distintas clases sociales y en buen número de las filas de acción católica. Con tal cantidad de cultos y procesiones no nos puede extrañar que en 1942 la asociación publicara a su cargo la primera guía de cultos y procesiones de la pasión toresana.

Su actividad en los primeros años se centró en buena medida en la adquisición de los elementos necesarios para engrandecer sus cultos y procesiones. Construcción de andas, adquisición de nuevas imágenes... Su primera procesión del Santo Entierro en 1941 estaba formada por un interesante conjunto procesional, de imaginería barroca, de los que perduran en la actualidad, la imagen de vestir de San Juan atribuida a Felipe Gil y el hoy conocido como Cristo de la Expiración obra de los talleres locales de imaginería de Esteban de Rueda y Sebastián Ducete. Junto a ellos desfilarían la venerada imagen de la copatrona de Toro La Virgen de la Soledad (S.XVIII), Jesús Yacente (S.XVII) y la Virgen de las Angustias (S.XVII) de la parroquia de la Santísima Trinidad. Estrenándose una nueva imagen de La Magdalena realizada por el escultor aficionado, Anacleto Carbajosa hijo. El mismo escultor realizaría un año después un nuevo grupo procesional para la asociación compuesto por San Juan y la Magdalena que finalmente no vería la luz. En 1946 la imagen de la Virgen de las Angustias sería sustituida por la Piedad. Curioso resulta que en el año de su estreno, El Correo de Zamora ensalce este grupo debido a Miguel Blay, dando a conocer su autoría y omitiendo que se trata de una imagen de serie. En la asamblea celebrada en marzo de 1950 los hermanos de la cofradía expresan su sentir unánime, dada la buena situación económica de la asociación, de adquirir nuevos pasos expresando su deseo de que estos fueran el La Borriquita y el paso del Descendimiento.

El 26 de marzo de 1950 llegaría a la ciudad el nuevo grupo de la Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, la popular Borriquita. Este grupo adquirido en los talleres del Arte Cristiano

de Olot según modelo de Jaime Martrus, venía a completar los actos que se desarrollaban el Domingo de Ramos, con un nuevo desfile que se uniría a la hoy perdida, procesión litúrgica de palmas que se celebraba en la ciudad hasta los años 70. En dicha nueva procesión realizada por primera vez el 2 de abril de 1950 participarían todos los niños de los colegios de la ciudad portando palmas proporcionadas por la asociación.

La noche del sábado 13 de enero de 1951, un incendio en la iglesia del Santo Sepulcro, arrasa la sacristía del templo perdiéndose la mayor parte de lo que en ella se guardaba, incluida la cajonera que contenía el ropaje de las imágenes de la asociación. Se convocaría de inmediato una asamblea en la que se decide abrir una suscripción pública y remitir cartas a autoridades locales y gobernador civil de la provincia, a fin de reponer lo antes posible lo perdido. Las misivas enviadas darían el resultado esperado y junto a las aportaciones de fieles y cofrades destacan los donativos de la obra pía José Celestino Samaniego a través de su administrador y la del gobernador civil de la provincia Don Carlos pinilla. Ese mismo año la asociación repondría las trompetas, estandartes, túnica y manto de San Juan y sobre todo destaca el estreno por parte de la Virgen de la Soledad del valioso manto confeccionado en Madrid en los talleres de la obra sindical de artesanía. No debió convencer a la asociación este manto sobre su antigua imagen de la Virgen de la Soledad, pues en la junta general del 1 de marzo de 1953 deciden encargar una nueva imagen, de acuerdo a las proporciones del citado manto. La actual imagen realizada por uno de los escultores de mayor prestigio del momento, Tomas Pares (1914 -1996), con amplia obra civil y religiosa repartida por todo el territorio nacional, desfiló por primera vez en la Semana Santa de 1954. La actual imagen de La Magdalena se estrenaría ese mismo año, así nos lo cuenta El Correo de Zamora, sin que tengamos constancia de su autoría. Me inclino a pensar que se podría tratar de una profunda reforma de la antigua imagen llevada a cabo por el escultor Florentino Trapero a tenor de lo publicado en los diarios Imperio y El Correo de Zamora.

Ambos diarios en febrero de 1954 dan cuenta, del encargo realizado a dicho escultor para la restauración de varios pasos de nuestra Semana Santa. En El Correo de Zamora en una descripción de la procesión del Santo Entierro en 1955 encontramos lo siguiente: *...unió hace muy pocos años el paso de la "piedad" totalmente nuevo. Construido para esta cofradía. Con reforma del de la "Magdalena" y "San Juan"*. En 1957 tras el incendio de la iglesia de Santa Cantarina y la pérdida del patrimonio procesional de la cofradía de Jesús y Animas de la Campanilla. La asociación juega un papel crucial, firme y decidido, en post de la reposición de las imágenes perdidas. Su aportación económica, 5000 pesetas es sólo igualada por la del ayuntamiento de la ciudad, en la suscripción abierta a iniciativa de la Asociación del Santo Sepulcro y la Soledad. Ocupando sus directivos cargos relevantes en las distintas comisiones creadas a fin de reponer el patrimonio de dicha cofradía. Promueve la reconversión de su antigua Virgen, propiedad de la parroquia de Santa María la Mayor, en la actual Verónica.

En la Semana Santa de 1958, coincidiendo con la presencia en Toro del escultor Tomas Noguera para presenciar la primera procesión de la imagen de Jesús Nazareno, la asociación le encarga una nueva imagen de Jesús Yacente. El encargo realizado con gran entusiasmo, pero no muy meditado, pues privan a la ciudad de una imagen original del escultor, más teniendo en cuenta que Noguera gana una medalla de oro en la exposición de bellas artes de Buenos Aires, con su obra "Jesús Yacente", un año antes. Noguera secunda los deseos de la asociación y la noche del Viernes Santo, en la sacristía de la iglesia del Santo Sepulcro realiza un molde en escayola, que posteriormente traspasaría a madera en su estudio en Madrid, de la imagen del "Muertico" de las madres Mercedarias, imagen que a su vez reproduce el tipo magistral creado por Gregorio Fernández. La nueva imagen con una mejora notable en su anatomía fue bendecida el 8 de marzo de 1959. Desfilando en la urna de estilo neogótico tallada por el ebanista toresano Sr Manzanás. La llegada de la imagen supuso una reorganización de los actos procesionales de la asociación, obvia-



mente se suprime la procesión de traslado del "muertico" de la iglesia del Santo Sepulcro al convento de las Mercedarias que se celebraba el Sábado Santo al anochecer. Se configura el Via Crucis procesional tal y como lo conocemos en la actualidad, en 1959 conjuntamente con la cofradía de Jesús y Animas de la Campanilla, con el crucificado de la iglesia de la Trinidad que hoy preside el altar mayor de la Colegiata, y a partir de 1960 con el santísimo Cristo de la Agonía. Nombre con el que siempre denominó la asociación a su crucificado y así es nombrado por Ciriaco Casares en la letra del conocido canto de las Cinco Llagas, que se interpreta al finalizar dicha procesión y que constituye uno de los momentos cumbres de nuestra Semana Santa. La primera referencia directa que encuentro a este acto es de 1955, si bien es cierto que los cantos penitenciales fueron una constante en esta procesión desde que se celebrara por primera vez.

La memoria se cuelga en los balcones

José Luis Pinilla Martín s.j Director de Migraciones. CEE

Mi abuelita María se parecía a una encina. Árbol, pequeño pero fuerte. Tez muy blanca y suave, y con un corazón igual que un río que siempre estaba cantando por los pasillos de su casa donde vivía con mi Tía Adelina y mis buenos primos Rafael y Mari Canto. Iba siempre de oscuro aunque al verla siempre era un momento de alegría. Con sus historias y gestos nos metía la vida, que iba recordando y así ofrecía valores en la memoria o en los bolsillos de sus nietos. Caminando casi de puntillas por la vida. Desde el alba, que siempre le sorprendía en la Iglesia de Escolapios/Mercedarios en la primera misa del día. Aunque fuera la única feligresa. Su casa siempre abierta. En una de las llamadas “casas nuevas” en Santa Marina

Y antes de seguir, querido lector, advierto que si invoco recuerdos personales, es sin ningún afán protagonista sino porque me han pedido que hable de como vivíamos y vivimos, la semana santa en Toro. Recuerdos humildes como el de otros muchos paisanos

Empezamos: Aquellas semanas santas. El domingo de Ramos, mi día preferido, y la procesión central. Con nuestra ropa a estrenar, aunque fueran unos calcetines. Y las palmas en las manos, aunque solo fuera llevar un trocito (incluso sólo el del tronco) Estrenábamos también la vacaciones aunque no entendíamos aquello de callarnos si empezábamos a cantar. Ese domingo siempre lucía el sol...Y a partir del miércoles santo recuerdo a mis hermanos y primos y luego mis sobrinos de primera, segunda o tercera, generación, cruzando Santa Marina, la plaza cantarina de las golondrinas para coger buenos puestos en el balcón de la abuela. Un balcón, el de la abuela María, anclado en mi memoria, donde apretujados no cabíamos apenas. Un balcón con nidos de vencejos debajo del balcón superior. Desde allí la expectante intranquilidad infantil que a veces se convertía en desasosiego al

ver, por ejemplo, moverse al ritmo del viento la melena de pelo natural del “Ecce homo”. Incluso, parecían de verdad los sonidos de los latigazos lanzados al Cuerpo de Jesús atado a la columna de otro paso: El de la Flagelación de Antonio Tomé

El crepúsculo acecha, y oscurece./Por las aceras se despierta el ruido;/el día va apagándose, vencido, /y la noche se enciende y reverdece. Escribe bellamente Francisco Álvarez. Versos para introducir el sonido de los Tambores y Cornetas que se acercan “Tun, tunel, para un cuartel, medio pan para para almorzar. Y otro medio para cenar, tururú turu..” así imitábamos de niños el sonido, tembloroso, seco y destemplado que dentro de poco iba a sonar bajo nuestros pies. Alguno que intentaba imitar el sonido me decía: Toqué, una vez, una trompeta y era tal la fuerza que se necesitaba para hacerla sonar que salió aire y solo aire... Ya nos despertaban muy pronto hacia las cinco de la mañana porque iban a buscar a los abades

Y desde el balcón de Santa Marina, lugar privilegiado, un Cristo: El de la Expiración. Mi devoción emocionada a este Cristo me viene sobre todo de un detalle ya recordado otras veces y que me ha acercado a la pasión de los hombres de hoy. La marca en ese Cristo, del peso de la cruz en sus hombros, ahora adheridos cruelmente al madero. Es un sutil detalle que solo se observa mirándole desde lo alto de los balcones. Y mi memoria está colgada al de Santa Marina y a otro en la calle Trasalfondiga del que luego hablaré. Desde allí veo un leve tono amarotado que recubre su hombro, como siendo niño me indicó un pintor. El que me enseñó a ver que no todos los matices del color son iguales y que depende de la hora del día. Esa es la semana Santa Toresana con tantas y tan distintas cofradías y procesiones. No solo por capas y túnicas (y la austeridad, seriedad y sentimiento de quienes las

llevan) sino por la iluminación que las arropa . Luces del alba, de la mañana, del mediodía, del atardecer, de la noche... Luces, sonidos (La Marcha fúnebre de Thalberg, o el ¡Madre mía ¡..), olores (a cera sobre todo, como luego narraré).. Los pasos y las procesiones tienen distintos tonos según sea la hora del día o la música que la acompaña, o la soledad o no con la que estés...

Si Jesús soñó un mundo, nueva comunidad humana bajo el amor de Dios donde la pobreza que mata al hombre de hambre, de incultura, de abatimiento, etc hubiera sido superada, - y por ese sueño molesto le mataron – Jesús no seguiría cargando tantas cruces de hoy que amoratan sus hombros, y le derriban como a tantos cristos vivientes de hoy: Alrededor de 24.000 personas mueren cada día de hambre o de causas relacionadas con ella. Y muchos más que mueren de miseria y de incultura. En los millones de parados con su secuela de deterioro humano, de estrecheces, o de necesidad, en las divisiones fratricidas, en los miles de refugiados ya enterrados o a punto de serlo en el cementerio llamado Mediterráneo, en..etc.

Jesús soñó un mundo donde “los perseguidos por causas de la justicia” dejaran de serlo Pero Jesús sigue muriendo hoy en afectados por la hambruna, en los niños de la calle, en los miles de desaparecidos de América Latina, en la última mujer que murió sola en mi barrio (y así enterrada) o en cualquier persona del norte o del sur abatida por balas, extorsiones o secuestros; en la violencia de género, o en el destroz de la intimidad que se reviste de dinero, o en cualquier atropello en la corrupción de hoy, ya en red tupida de telarañas ...etc.

No está de más que cuando contemplemos lo morado de los hombros del Crucificado desde la Judería, o la Puerta de Adalia o cualquier otra meditemos en ello y nuestra Semana Santa también nos provoque y nos acerque a los que tienen no solo los hombros sino el rostro morado por tantas bofetadas que la injusticia produce. Porque sin una identificación real - afectiva y efectiva - con los crucificados de la historia, la semana santa no será santa. Cristo ayer y hoy carga con todas las cruces del mundo:

Ahí en el balcón de Santa Marina mi memoria de la semana santa toresana se sigue colgando en los balcones lo mismo que mis

piernecitas. Aguantando “muertos de frío” hasta el final la procesión ya muy de noche. Balcón en Santa Marina impregnado ya, sobre todo por el olor a cera de las velas encendidas en la noche del sábado al domingo que alguien recuerda humildemente agradecida, sobre todo en el sencillo detalle de cómo le preparaban la vela con el cartoncito para no quemarse. Balcón impregnado de luto al paso de la Soledad . “Ella me inspiró (mi apuntadora ahora es gran escritora y dibujante infantil) para llenar mis cuadernos de dibujo de Vírgenes con manto negro bordado en oro. Porque en mi comunión me habían regalado unas ceras “Dacs” que traían una de color oro y otra de color plata..”.

Pero antes, en la mañana, ya había sido el sermón del mandato que alguien me trae al presente con otro detalle como “un recuerdo muy vivo e íntimo, (quien me lo cuenta, ya jubilándose, parece que lo está contemplado hoy mismo) . Y era cómo me llevaba un nazareno, muy cercano a la familia, nazareno de los morados - me dice-, al sermón de las seis de la mañana y al empezar la procesión se echaba la caperuza y a escondidas sin que nadie le viera me daba sus zapatos para ir descalzo. ““Los sacrificios no son para que la gente se entere””, me decía. Y yo fiel lazarillo los llevaba todo el recorrido en secreto y le esperaba al final para que se los pusiera. Hacía de cómplice a escondidas porque su familia me advertía que no lo hiciera. Pero yo seguí siendo su cómplice porque, aunque pensaba que tenían razón, él lo tenía tan claro ... que yo no podía fallarle Y luego ya calzado al mediodía descubría su cara para ir con el resto de la cofradía al bacalao del Espolón “

Mi otro balcón semanasanero es el de mis tíos buenos, Julio y Maruja en el hogar de Trasalafóndiga (¡que nombre tan bonito y evocador!) esquina a la Plaza mayor en una de las casas más bonitas y fotografiadas de Toro. Y desde ese balcón, el sonido de la música que encoge el corazón recordando a todos los seres queridos que nos faltan y que tanto añoramos hasta que nos abracemos en la fiesta permanente del cielo (debe ser algo así como un banquete con suelta de palomas como el domingo de resurrección). Desde allí todos veíamos los pasos solitarios recogidos en la Iglesia del Sepulcro: San Juan (de quien “dependían la guindas del año”), La Magdalena, con tu tarrito fino de cristal para las lágrimas (¿o era cristal “de” lágrimas?), La cruz desnuda (“los brazos en abrazo

hacia la tierra,/el ástil disparándose a los cielos.” Que diría el poeta zamorano León Felipe), La Verónica . . .

Todas despertaban nuestra imaginación y nuestra imitación. Un sobrino convierte los pasos de la semana santa en figuras de plastilina. No me extraña: se quedaba siempre el último hasta el final de los finales con los ojos abiertos como platos y su cabeza - como hacían los otros primitos - encerrada entre los barrotes, y sus piernecitas colgadas desde el balcón: No olvidéis el título de este relato. Otra prima recuerda el paso de la Verónica a la que quería imitar jugando con sus amigas a la Semana Santa. Su padre le pintó en un paño la cara del Cristo y ella lo abrió “con devoción para mostrar a todos la imagen milagrosa...” Y otra pedía de nuevo a su abuelito para cenar la molleta bendecida del mediodía del Viernes. Se la pedía, porque quien la llevaba a casa le daba mucho importancia “ porque... ¡estaba bendecida...!”. Era un pan normal quizás un poco especial, muy bien trabajado, pero que “era” otra cosa: “Sabía a gloria”... Claro. Estaba bendecido.

Desde ese balcón, el rotundo final de la procesión de la noche del viernes: el Jesus Yacente (cuyos pies miles de toresanos han besado mil veces). Es el cuerpo de nuestros asesinados de hoy ante quien nos lamentamos desde la compasión que debe conducirnos a la rebeldía y de esta, al compromiso. Cadáveres de los que huyen de las guerras, o de los salarios exterminados y de los suelos arrasados. Peregrinos inventando caminos, queriendo techo, pan y libertad, golpeando puertas. Esas puertas abiertas de par en par al paso del dinero, y que se cierran en sus narices. Algunos consiguen colarse. Otros son cadáveres que la mar entrega a las orillas prohibidas, (Yo los he visto mientras bañistas indiferentes de las playas seguían consumiendo su cerveza como si nada hubiera pasado). O cuerpos sin nombre que yacen bajo tierra en las otras playas adonde querían llegar.

¡Ay de vosotros, poderes económicos del “eje norte” que apoyáis vuestra abundancia en la miseria del “eje sur”! Potencias económicas que decidís la suerte y el futuro de los pueblos levantando muros y muros “tramposos”. Mercaderes de tantos países que cerráis fronteras a pateras de inmigrantes en los



mares porque sus ocupantes han visto proyectos de vitales que no pueden cumplir en sus países (esquilados y rotos) y lo buscan en los mares que no tienen riberas para ellos ¡Ay de mí, si me apunto a ese sistema generador de tantas muertes, de tantos crucificados!. No sólo porque humana y sociológicamente es un desastre sino porque teológicamente es una crucifixión de hijos de Dios.

Estaba tentado de bajarme del balcón para ir a abrazarle... Pero ya se me había adelantado la Piedad para hacerlo. Es el gesto de abrazo más compasivo y humano que nunca he visto Me lo recuerda mi prima. Otra de las asiduas visitantes a los balcones semanaseros de donde también cuelga su memoria agradecida con esta frase final de mi relato:

“Como madre y como hija, me invita a abrazar al mundo... Compasión... Con /pasión...”

Origen de las marchas fúnebres en nuestro país (I)



David Rivas Domínguez

Una marcha procesional es la música utilizada para acompañar los desfiles procesionales. Es un género musical que debe contar con unos requisitos de estructura y estilo o carácter; la estructura hace referencia a la forma musical conocida como marcha, la cual consta de tema, desarrollo, trío y reexposición del tema, pudiendo en ocasiones contar con una introducción y una coda. El estilo o carácter queda fijado por el compás, el ritmo, el tempo y la adaptación y adecuación al acto para el que ha sido concebida la obra, la procesión.

La marcha procesional goza de gran popularidad en España y en otros países como Italia y Guatemala, y forma parte del repertorio de las bandas de música.

Dicho esto, cualquier persona que de una u otra forma se acerque a la Semana Santa, no entenderá la misma sin la presencia de la música. No obstante, los primeros años de presencia de música en desfiles procesionales no tienen nada que ver con los actuales.

La marcha procesional enraza en la segunda mitad del siglo XIX. Lo hace bajo el concepto de marcha fúnebre, forma musical muy recurrida durante dicha centuria, albergada bajo la corriente estilista del Romanticismo, período

que recurría con frecuencia a temas trágicos o leyendas. Durante el mencionado Romanticismo emanaron grandes composiciones que posteriormente, y debido al escaso repertorio a que tuvieron que enfrentarse las primeras bandas de música, fueron adaptadas, siendo tocadas en las procesiones de Semana Santa, continuando hoy en día vigentes en algunos lugares. Podría considerarse este hecho como el primer contacto de una marcha fúnebre con una procesión, sin olvidar que las citadas marchas habían sido concebidas como parte de una obra musical mayor y para ser interpretadas en un auditorio.

Ejemplos tales de esas adaptaciones para uso procesional podrían ser, por citar algunas páginas consagradas de la literatura musical, el segundo movimiento de la “Tercera Sinfonía” de Beethoven, la marcha fúnebre que Frédéric Chopin compuso para el segundo movimiento de su “Sonata para piano n.º 2”, la marcha fúnebre de “Sigfrido” de la ópera “El ocaso de los dioses” de Richard Wagner, la marcha “Juana de Arco” de Gounod, las marchas fúnebres de Schubert o el “Adiós a la vida” de la ópera “Tosca” de Giacomo Puccini. Muchas de ellas siguen estando presentes en los repertorios de la mayoría de las bandas de música de nuestro país.

Pero muy pronto comenzarían a aparecer las primeras marchas fúnebres compuestas específicamente para cofradías y hermandades, pues el público se empezó a acostumbrar a estos acompañamientos musicales en las procesiones y músicos, compositores, directivos y cofrades del momento pensaron que había llegado el momento de crear una forma musical propia para las procesiones. Podría considerarse el nacimiento de la marcha fúnebre como tal, con una estructura pensada y unas características formales que, en muchos casos, a pesar del paso de los años, conservan esa esencia de finales del siglo XIX y principios del XX.

Aunque tenemos claro que aún queda mucho por investigar, se considera a José Gabaldá Bel, quien fuera director de la Banda de la Guardia Real en Madrid, uno de los primeros autores en componer expresamente música para la Semana Santa. Comenzó sus estudios musicales en Tortosa con el reconocido músico Juan Antonio Nin para posteriormente ocupar la plaza de organista de la parroquia de San Blas de esta ciudad. El comienzo de su carrera musical se inicia en la época de la primera guerra carlista, como director de bandas militares. Tras finalizar la guerra fue encarcelado debido a la derrota de

su bando, pero dados sus méritos musicales llegó a ser condecorado Músico Mayor de la Banda de la Guardia Real de Madrid. Sus méritos no sólo atañen a su recorrido como director, además es muy reconocido su empeño y compromiso en la difusión de partituras con la publi-



cación en el año 1856 del primer número de la revista “El Eco de Marte”, en el que divulgaría gran parte de su trabajo, reseñando obras tan importantes como “La Azucena”, “Marcha de honor al Santísimo” (sobre los himnos “Pange lingua” y “Sacris solemnis”) o “El panteón”.

Aunque existen referencias que apuntan a la existencia de marchas fúnebres ya en la segunda mitad del XIX, según los documentos existentes, es la “Marcha fúnebre” compuesta por el cordobés Rafael Cebberos para la Semana Santa de Sevilla, y que se publicó en 1871 en el diario “El Porvenir” del 26 de marzo, la que se podría considerar como la primera marcha fúnebre original andaluza compuesta para una procesión, que ese mismo año sonaría en la procesión del Santo Entierro. Este notable pianista y compositor afincado posteriormente en Sevilla, consiguió una beca para continuar sus estudios musicales en el Conservatorio de París, ciudad en la que se codeó con primerísimas figuras de la cultura y el arte como Victor Hugo, Rossini o Wagner. Además Cebberos, sobre esos años, publicó un libro titulado Pensamientos filosóficos-morales y de arte.

En 1876, Eduardo López Juarranz compone la marcha fúnebre “¡Piedad!”, en honor a la corporación del mismo nombre de Cádiz, marcha procesional que sería posteriormente instrumentada para banda por Manuel Abollado. En años sucesivos, Juarranz acometería nuevas marchas, entre la que destaca “Pobre Carmen”, común en innumerables ciudades españolas en la actualidad.

En Córdoba, Eduardo Lucena Vallejo, músico destacado del romanticismo andaluz, compone en 1883 “Un recuerdo”, marcha dedicada expresamente al Ayuntamiento de Córdoba, siendo el propio Lucena director de la Banda Municipal de esta ciudad andaluza, formación en la que otros destacados autores como Cipriano Martínez Rücker y Juan Antonio

Gómez Navarro dejaron un curioso e importante catálogo de marchas fúnebres.

No obstante, la época verdaderamente prolífica del siglo XIX fue la década de los noventa, saliendo a la luz marchas como “El Señor de Pasión” de Ramón González, “El destierro” de Vicente Victoria Valls, “Pange Lingua” y “Sacris Solemnis” de Camilo Pérez Montllor, “Virgen del Valle” compuesta por Vicente Gómez-Zarzuela o “Quinta Angustia”, compuesta por José Font Marimont en 1895. Estas últimas marcarían el estilo de otras muchas composiciones posteriores, que dividirían la marcha de procesión en una introducción, primer tema, segundo tema central, repetición del primer tema (o parte de él) y finalizar con un tercer tema con carácter de cierre.

Font, nacido en 1839, fue uno de los precursores más importantes de lo que hoy concebimos como una marcha fúnebre. Desde temprana edad denotó cualidades musicales, puesto que con 14 años ingresó como educando voluntario en el Regimiento de Infantería de Soria nº 9. Toda su vida estaría ligada a esta institución militar, en la que asumió diferentes traslados por la geografía española por los cambios de guarnición del regimiento y se vería incluso en diferentes contiendas, pues la formación estuvo inmersa en la Segunda Guerra Carlista. Según parece, fue precisamente en una de las contiendas cuando el 28 de Mayo de 1875 se le concedió en Vitoria el título de Músico Mayor (el equivalente actual a Director) del Regimiento Soria nº 9

Desde esta época tan temprana, algunas de las marchas comenzarían a introducir melodías que se pueden denominar «alegres» dentro del patetismo propio de la marcha fúnebre, característica bastante común en Semanas Santas andaluzas o murcianas y no tan propia en Pasiones más septentrionales como las nuestras.

Marche funèbre.

(Ouvrtes posthumes N° 77 45116.)

Tempo di Marcia. (♩ = 66)

F. Chopin, Op. 78, N° 2.

El siglo XX será el de la consolidación y desarrollo de este género musical. Debido a lo extenso del tema, les emplazo a otro número de la revista “Toro Cofrade”, donde podré arrojar más datos referidos a la evolución de las marchas fúnebres.

Sin más, deseo que todos los actos de la Semana Santa se desarrollen con normalidad y que ustedes los puedan disfrutar de la mejor manera posible.

Fotos para el recuerdo



Toro Cofrade Semana Santa 2018

Fotos para el recuerdo



La Soledad, sesenta años

Luis Felipe Delgado de Castro

Al cumplirse los sesenta años de su talla, la cofradía de Jesús y Ánimas de la Campanilla ha decidido dar un nuevo impulso al culto y veneración de su querida Virgen de la Soledad que cierra su procesión de la madrugada del Viernes Santo y preside el luto de sus damas al anochecer del Sábado Santo. La imagen se encuentra todo el año en la restaurada iglesia de Santa Catalina, junto a los restantes grupos escultóricos de la cofradía tras haber permanecido en el Convento de las Claras desde su hechura en 1958 hasta 1987 en que fue trasladada a Santa Catalina, culminada sus obras de restauración. Ya en 2012, la cofradía, con excelente criterio y gusto, abrió la antigua puerta lateral del templo, cegada desde las obras de reconstrucción, para permitir la veneración pública de sus dos imágenes titulares. La Soledad aparece colocada sobre un altar neogótico y el Nazareno a su derecha, en un plano inferior, en las propias andas en que sale en procesión. A ambas se las puede rezar y contemplar en cualquier momento del día y hasta la medianoche en que se apagan sus luces.

La enorme desgracia del incendio que arrasó el templo de la cofradía y sus pasos y enseres la víspera del domingo de Ramos de 1957, aquel infausto 13 de abril, se atenuó al año siguiente cuando con tenacidad y sacrificio pudieron volver a ver a la Madre en su trono y en sus calles. La imagen y advocación de la Soledad era recuperada en solo un año para la cofradía aunque con distinta madera y escultor. A la desaparecida Soledad de Felipe de Espinabete, de 1777, la suplió la obra de Hipólito Pérez Calvo, de 1958. Y así su devoción continuó afianzándose en el corazón de los toresanos que, con coraje y decisión, se recuperaron de aquel mazazo.

Al año siguiente renacían de sus cenizas, nunca mejor empleada la palabra, las imágenes de Jesús y el Cirineo y de la Virgen, principales bastiones de la devoción popular de la cofradía hasta aquella tremenda pérdida.

Había que poner de nuevo los cimientos artísticos a tan loable obra religiosa y tradicional como desde siglos antes crearon y fortalecieron las cofradías de Jesús Nazareno y de Ánimas de la Campanilla, fusionadas para reforzar su sello religioso en la ciudad. Había que empezar desde el principio otra vez. No habían pasado ni seis días y ya aquella procesión de Viernes Santo tuvo una respuesta popular masiva, aún afligida por la pesadumbre del incendio acaecido seis días antes pero muy fervorosa. La procesión fue presidida por una enorme cruz llevada en hombros por numerosos toresanos y la imagen del “Ecce Homo” que se salvó al no haber sido trasladada aún a Santa Catalina. Significativas fueron las octavillas repartidas por la ciudad en que se leía: “Necesitamos tu dinero, pero más tu fe”, o “Nunca sido mayor la Soledad de la Virgen que este año, toresano, acompáñala”. Ambas resultaban ser la mejor explicación del apasionado interés con que los toresanos se pusieron a trabajar para conseguir la recuperación de su cofradía y procesión, que fue rehaciéndose poco a poco con la voluntad del pueblo y la categoría artística de las imágenes y grupos incorporados.

Del trabajo de Hipólito surgió la nueva Madre de la Soledad que, como querían los toresanos, debía ser parecida a la perdida en rasgos y ademanes como el de sus manos enlazadas a la altura del pecho. Y así con una nueva madera los toresanos volvieron a tener una Madre tan guapa y tan

apenada como la que el incendio les quitó. Solamente algunos de ellos recuerdan aquellas tristes jornadas. Un velo de nostalgia se sube a los ojos de los toresanos de entonces que hoy día ven con profunda satisfacción cómo su cofradía ha resurgido de forma tan brillante y se ha convertido en una de las procesiones de mayor calidad devocional y artística que presenta la Semana Santa en la Comunidad. Aquellas de entonces eran las imágenes de su devoción, las que aprendieron a amar de la mano de sus padres y abuelos y aunque el resultado de las sustituciones haya sido brillante,



les queda aún un poso de añoranza de aquellas otras y no pueden reprimir su emoción al ver sus estampas, fotografías y recordatorios.

Año a año la procesión ha ganado en hermosura, religiosidad y arte. Tiene algunos pasajes de gran sensibilidad religiosa y belleza plástica, como ese primer rayo de sol que debe llegar a buscar a la Virgen a la puerta de su santa casa para que inicie su camino. Con un anonimato penitente negro y morado, recuerdo de las primitivas cofradías que fluyeron en ésta, el paso del cortejo es admirable por esas calles y rúas ancestrales por las que muestra en madera policromada, tallada con sobria destreza y pura perfección, los momentos que llevan al Señor desde la Cena a la Cruz. O la llegada al Espolón donde todos los pasos saludan a la Soledad con el avemaría de sus reverencias hasta dejarla en el dintel de la portada sur de la Colegiata durante la estación. Allí Ella preside el hermoso evangelio de madera expuesto al sol. Y desde ese privilegiado lugar extiende su apenada mirada por esa otra soledad de la vega, aún yerta, acuchillada por las heladas y las nieblas, a la espera de acoger de nuevo la fecundidad de nuevas savias y semillas. Ella, allí de pie, en el umbral del impresionante templo, es más que nunca, Estrella de la Mañana y Puerta del Cielo, como rezamos en las letanías del rosario.

La añeja cofradía se dispone a celebrar esta grata efeméride de los sesenta años de su “renacida” Soledad con la mayor de las solemnidades que pretenden culminar con la coronación de la querida imagen, acto litúrgico que será sobre todo popular, presidido por la sencillez y amor con que el pueblo toresano ha invocado siempre a su Madre. Ella ha tenido y tiene la predilección de sus gentes, desde advocaciones tan amadas como Canto en las alegrías de la vida y Soledad en las desventuras y tristezas. Unas y otras vienen juntas inevitablemente en el discurrir de la propia existencia humana que pasa sin detenerse, como el sempiterno río tendido a los pies de su historia.

El Cristo atado a la columna regresa a su casa

M^a Angeles García Hernández

Hacia varias noches que la madre superiora no podía dormir. La despensa llevaba meses vacía. En la olla flotaba un hueso, cocido ya en otras ocasiones, carente de sustancia junto a unas tristes hojas de berros. La madre miraba a las hermanas pensativa. Las veía demacradas, ojerosas, acuciadas por una debilidad ante la falta de alimentos que les impedía realizar sus actividades cotidianas.

Al igual que para una gran parte de la población de Toro, la posguerra estaba resultando dura, especialmente para un monasterio amenazado por una ruina inminente que ponía en peligro la vida de sus ocupantes.

En esa coyuntura aparecieron aquellos hombres... como sabuesos, olisquearon la necesidad de las hermanas y fijaron sus ojos en “El Cristo atado a la columna” y en “San Pedro en lágrimas”, tallas del escultor toresano Sebastián Ducete (1568 – 1621) que ocupaban el primer cuerpo del altar mayor.

Después de pasarse toda la noche de rodillas ante el Santísimo, la madre superiora decidió enajenar las tallas. El exiguo dinero que obtendría por su venta, les permitiría pasar el crudo y largo invierno.

La dramática petición para remediar la ruina del Monasterio de las Sofías, que hace el historiador local Francisco Casas Ruiz del Árbol en el “Correo de Zamora” en febrero de 1966, me ha inspirado las palabras con las que encabezo este artículo. La salida del “Cristo atado a la columna” del Monasterio Premostratense de las M.



M. Norbertinas pudo haber sucedido así unas décadas antes.

Lo cierto es que la hambruna hizo que las dos magníficas tallas salieran del monasterio, desconociéndose durante mucho tiempo su paradero, hasta que en el año 2013 salió a subasta en Barcelona “El Cristo atado a la columna”, siendo

adquirido por la galería madrileña Caylus, quien acometió su restauración y encomendó el estudio de la pieza al profesor de Historia del Arte de la Universidad de Valladolid D. Luis Vasallo Toranzo, quien descubrió que la obra pertenecía al Monasterio toresano de Santa Sofía.

A partir de este momento se movieron todos los resortes para su vuelta a Toro. Los propietarios de Caylus aceptaron dejar la pieza en depósito en el monasterio por un periodo de seis meses que se amplió a seis meses más ante la imposibilidad de conseguir los 60.000€ iniciales que pedían por la adquisición de la obra.

Se llevaron a cabo diferentes iniciativas para conseguir la cantidad demandada, como el sorteo benéfico de una mantelería de manufactura artesanal con el que se consiguió recaudar 7000€, así como donativos particulares por un valor de 10.000€, llegando el punto álgido en agosto, con la celebración de un rastrillo solidario en el magnífico e inigualable Patio de la Cisterna, del que se obtuvo 8600€.

En este excepcional marco se pusieron a la venta antigüedades, cerámica, libros, ropa, juguetes etc. donados de manera altruista por numerosas personas que no solamente aportaron cosas materiales, sino algo que nos es tan preciado en este S XXI, su tiempo.

Durante todo el mes de julio se seleccionó, tasó y etiquetó el abundante material que se puso a la venta en agosto. El miedo a que la talla abandonara de nuevo Toro y saliera e incluso del país, nos dio fuerza a todos para dedicar nuestras vacaciones de verano a la causa.

Ante el esfuerzo realizado tanto por las hermanas como por toresanos y foráneos, la galería hizo su última oferta pidiendo por la talla 27000€. El martes 5 de septiembre del 2017 a las 13.20 h se comunicó la decisión de que la talla quedaba definitivamente en su casa de Toro para regocijo de todos.

La ilusión y el amor del pueblo por lo suyo, ante la incomprendible puesta de perfil de diferentes instituciones, logró lo que parecía imposible, que una pieza perdida regresara de nuevo a formar parte del patrimonio toresano, un patrimonio víctima de la codicia y desidia de tantos.

Desgraciadamente “San Pedro en lágrimas”, se encuentra actualmente en el Museo Marés de Barcelona, su vuelta a nuestra tierra se antoja imposible.

Han sido tantas las personas que participaron en este reto, que nombrarlas a todas conllevaría el riesgo de olvidarse de alguien, lo cual sería realmente injusto dada la entrega y la generosidad incondicional de todo un equipo que logró alcanzar su objetivo.

Al entrar en la recoleta calle de “Las monjas”, traspasando el umbral de una diminuta puerta que da acceso a la iglesia del Monasterio de Santa Sofía, envuelto en el silencio, cobijado por la cúpula mudéjar que tantos ojos han admirado durante siglos, acariciado por el canto de las hermanas, embriagado de paz, el Cristo atado a la columna ocupa de nuevo su hornacina ... ahora solamente queda una vacía, que espera expectante a su San Pedro en lágrimas” .

Verónica: la verdadera imagen

Francisco Javier Uceró Pérez

Presenciar desde la infancia los desfiles procesionales, escuchando con verdadera devoción e interés las explicaciones de los mayores que nos acompañaban, convierte en familiares y propios a los personajes de la Pasión del Señor. Algunos de ellos nos causaron, desde un principio, impresiones que provocaban rechazo por su actitud o su rostro; otros nos aportaron paz y tranquilidad debido a la amabilidad y sencillez en sus semblantes; los hubo también que mezclaron nuestros sentimientos y nos hicieron compadecernos y, a la vez, revelarnos ante aquello que no nos parecía justo; por último, aquellos que prácticamente pasaron casi desapercibidos en el relato general. Y es aquí, precisamente, donde este año me quiero detener: en el personaje de Verónica (La Verónica), esa mujer que nos muestra en su paño el rostro de Jesús ensangrentado, dolorido, magullado,....

Según la tradición cristiana fue la mujer que, durante el camino hacia la cruz en un tramo de la Vía Dolorosa, tendió a Cristo un velo, lienzo o paño para que enjugara su sudor y su sangre. En la tela habría quedado milagrosamente impreso el Santo Rostro. La escena no se encuentra en los Evangelios Canónicos, sino en los apócrifos (Evangelio de Nicodemo). Se le rinde culto por su vinculación con la figura de Cristo, como a otras Santas Mujeres, y es muy común su representación pictórica o escultórica portando el paño. En ocasiones, el personaje de Verónica se identifica con el de la Hemorroisa (Mc 5, 21-43): aquella mujer repleta de fe que, al tocar el manto de Jesús, quedó curada.

Una interpretación basada en la etimología popular y muy extendida, relaciona el nombre de Verónica con la expresión

latina y griega VERA ICON (Verdadera Imagen), llegándose a afirmar que la leyenda del personaje arranca del nombre mismo. Sin embargo, en realidad procede del griego BERNICE (Portadora de la Victoria). La etimología se conoce al menos desde el s. XVII y son muchos los partidarios tanto de la primera como de la segunda acepción.

En Europa, la mención más temprana hacia la santa procede de los textos de San Gregorio de Tours, hacia finales del s.VI. San Gregorio la cita como “piadosa mujer palestina, seguidora de Cristo, desposada con un centurión romano natural de las Galias que prestaba servicio al gobernador del momento, Poncio Pilato”. Tras la muerte de Jesús de Nazaret, el matrimonio huyó de Jerusalén y acompañó a José de Arimatea hacia las costas francesas. Estas noticias ofrecidas por el cronista de Tours, no son más que la fijación por escrito de la leyenda popularizada desde los primeros tiempos del cristianismo que mucho más tarde, en la Edad Media, tomarían mucho más cuerpo, y llevaría al auge de todo lo relativo a la búsqueda de la Santa Faz, a saber cómo era realmente Jesús (físicamente) y sus representaciones en diferentes obras de arte.

A finales de la Edad Media, la Verónica fue situada al lado de las mujeres a las que se hace mención en la Pasión del Señor (Lc 23, 27), pasando a ser ella el personaje central de la sexta estación del Viacrucis: “La Verónica limpia el rostro de Jesús”. La antigüedad cristiana desconoció a la Verónica, cuyo nombre no figura en el martirologio romano y cuyo culto es tardío. En Roma se veneraba una imagen de Jesucristo llamada “velo de la Verónica”, conservada en un principio

en la Iglesia de San Silvestre y, desde 1870, en la Basílica de San Pedro.

Finalizado este breve retrato histórico me gustaría concluir estas líneas con una breve reflexión basada en un pequeño texto, pero intenso, de uno de mis profesores en la Universidad, Don Olegario González de Cardedal: “El rostro de Verónica ha merecido el respeto de todos los que queremos conocer su rostro, enjugar su sudor y recoger su sangre vivificadora, acompañándole en su camino y siendo como Él. Ésta es la razón de que hayan proliferado tantas Verónicas y de que tantos pintores hayan intentado pasar al paño el fulgor de la divinidad humanada de Cristo unos y de su humanidad divinizada otros” (El Rostro de Cristo. Valladolid 2011).

Lo más real, en esta más que tierna y antigua tradición, es que las personas hemos intentado acercarnos al Dios que se hace carne y hueso como nosotros y vive, se alegra, camina, acompaña y, en ocasiones, también padece. La “Verdadera Imagen” (Verónica) es la que descubrimos en cada gesto de cobijo, ayuda, compañía,....auxilio al hermano, al que cae en cada una de las situaciones más reales y cotidianas. La Verónica no es solamente una bella mujer representada en una magnífica escultura de bastidor, con rasgos delicados y, tal vez, propia de los talleres de Salzillo... es mucho más. Verla mecerse en la mañana del Viernes Santo ha de hacernos caer en la cuenta de que hoy aún son muchas las Verónicas que muestran en su quehacer diario la Verdadera Imagen de Cristo: las que enjugar el rostro a los despojados de su dignidad, de su tierra, de su identidad, de sus raíces; los que no tienen hora en los pasillos de un hospital, los que secan lágrimas de desconuelo ante un acontecimiento sobrenatural e incomprensible,.... El lienzo de la realidad sigue mostrando hoy el verdadero rostro de Dios.



1884. Toro, sus Parroquias y sus Cofradías

Roberto Castaño Joaquín Párroco de Toro

El año 1884 ve la luz en la imprenta de don José Gutiérrez, en la zamorana calle de las Doncellas, la **Guía Sinóptica, Estadístico-Geográfica de las poblaciones y parroquias de la Diócesis de Zamora y Vicarías de Alba y Aliste**, obra del Sacerdote don Faustino Gómez Carabias.

La obra muy conocida y utilizada desde entonces (aunque muy pocas veces citada) por todos cuantos han querido hacer algo de historia de cualquier lugar de ésta Diócesis, nos ofrece datos muy reveladores de la situación real de la Iglesia en aquella época, de sus templos, sus costumbres, el clero y... como no **las Cofradías**.

Concretamente al hablar de **Toro**, se nos da noticia de las siguientes Parroquias con sus respectivas Cofradías:

Primera: La llamada de Santa María la Mayor, cuyo titular es la Santísima Virgen de la Asunción. Cuenta con una feligresía de trescientos vecinos y mil doscientas almas. La atienden un párroco y seis ecónomos de beneficio. Se encuentran establecidas en ella las Cofradías del Santísimo Sacramento y Nuestra Señora de los Remedios.

Segunda: La denominada de Santa Catalina, cuyo titular es la Virgen y Mártir de este nombre. Su feligresía es de doscientos vecinos y setecientas cincuenta almas. Hay establecidas en esta Parroquia tres Cofradías: una titulada de Jesús Nazareno y Ánimas de la Campanilla, compuesta de unos trescientos hermanos esparcidos por toda la población, que sostiene y paga las misas de Hora en los días festivos y hace en esta iglesia sufragios anuales por las benditas Ánimas del Purgatorio. Otra titulada del Santísimo Sacramento y la tercera de San Roque.

Tercera: La conocida con el nombre de San Julián de los Caballeros, cuyo titular es San Julián. Su feligresía es de doscientos treinta vecinos y ochocientas sesenta almas. Hay establecidas en ella dos Cofradías: La del Santísimo Sacramento y benditas Ánimas y la del Santo Cristo de los Milagros. Además las Asociaciones de las Hijas de María Inmaculada, la Santísima Virgen de la Saleta y la de los Dolores de la Virgen.

Cuarta: La apellidada de San Lorenzo el Real, cuyo titular es San Lorenzo Mártir español, con una feligresía de setenta y tres vecinos y doscientas ochenta y ocho almas. No tiene Cofradías establecidas.

Quinta: La denominada Nuestra Señora del Canto y San Juan de la Puebla, cuyo titular es la Santísima Virgen de dicho nombre, patrona de la Ciudad y su tierra. Su feligresía se compone de siete vecinos y veintisiete almas. Hay establecida una única Cofradía con el título de dicha Nuestra Señora del Canto.

Sexta: La titulada de Nuestra Señora del Puerto de Arbas, cuya titular es la Santísima Virgen. Su feligresía asciende a ciento cincuenta y cuatro vecinos y quinientas cuarenta y siete almas. Hay establecida en ella una única Cofradía titulada de las benditas Ánimas, y compuesta de unos treinta hermanos.

Séptima: Santa María la Nueva o Santo Domingo de Silos, cuyo titular es la Asunción de la Santísima Virgen, con una feligresía de ciento setenta vecinos y quinientas treinta almas. Hay establecida en esta Parroquia la sola Cofradía titulada del Santísimo Cristo del Amparo.

Octava: La denominada de Santa Marina, cuyo titular es esa misma Santa Virgen. La feligresía de que consta es de ochenta vecinos y doscientas noventa almas. Hay establecidas en ella cuatro cofradías: la del Santísimo Sacramento, la de san José y la de San Isidro, además de la del Santísimo Cristo de las Batallas en su ermita. Esta Cofradía es bastante numerosa y la devoción de los toresanos a esta Sagrada Imagen es tal que la consideran como el último recurso de su piedad en las calamidades públicas, en las que se sube la Imagen con toda pompa posible en pública procesión desde su Ermita a la Iglesia de Santa María la Mayor, y allí se celebra un solemne Novenario, y concluido se vuelve la Imagen en igual forma a su propia Ermita.

Novena: La de San Pelayo, vulgo de San Agustín, cuyo titular es este santo Obispo. Su feligresía asciende a cincuenta y nueve vecinos y doscientas ocho almas. Carece de Cofradías, aunque en ella se celebra el solemne culto de las Flores de María.

Décima: El Santo Sepulcro que cuenta con una feligresía de ciento noventa y siete vecinos y ochocientas noventa y seis almas. Hay establecidas en ella tres cofradías: La del Santísimo Sacramento, la de la Soledad y la de San Bartolomé.

Undécima: la de la Santísima Trinidad, cuyo titular es este Sagrado Misterio, con una feligresía de ciento ochenta vecinos y seiscientas cincuenta almas. Hay establecidas en ella tres Cofradías: la del Santísimo Sacramento, la del Rosario de la Virgen y la de Nuestra Señora de la Misericordia.

Duodécima: La denominada de San Pedro del Olmo, cuyo titular es San Pedro Advíncula. Su feligresía está compuesta por ochenta y cuatro vecinos y trescientas treinta almas. Carece de Cofradías.

Decimotercera: la de San Sebastián, cuyo titular es el Santo Mártir de este nombre y su feligresía es de ciento diecinueve

vecinos y doscientas setenta almas. Igualmente carece de Cofradías.

Decimocuarta: La llamada del Salvador, cuyo titular es la Transfiguración del Señor. Su feligresía se compone de setenta y siete vecinos con doscientas setenta almas. Hay establecida en ella la única Cofradía del Santísimo Sacramento y el Señor Santiago Apóstol.

Decimoquinta: La denominada de santo Tomás, cuyo titular es santo Tomás Cantuariense. Tiene como feligreses doscientos vecinos con setecientos ochenta y siete almas. Hay establecidas en ella dos Cofradías: la llamada del Ángel y la del Santísimo Sacramento.

En **resumen**. En 1884, la población de Toro, siempre según estos datos, ascendía a dos mil ciento treinta y cinco vecinos, siete mil novecientos tres almas. La población se repartía entre quince Parroquias, con un total de veintitrés Cofradías establecidas en ellas, de las cuales sólo tres (Jesús y Ánimas, la Soledad y el Cristo del Amparo, la Virgen de los Dolores era una Asociación piadosa) eran de Semana Santa.

Mención aparte, pues entonces no era barrio de la Ciudad, se hace de **Tagarabuena**.

Su Parroquia que tiene por titular a San Juan Bautista tiene una feligresía de doscientos noventa y ocho vecinos con mil ciento cuarenta almas. Hay establecidas en ella seis Cofradías: la del Santo Cristo de la Vera Cruz, la de Santa Águeda, la de San Pío V, la de San Antonio de Padua, la de la Virgen de Adalia y la del Bendito Cristo de la Espiración. Además cuenta con las mayordomías, pero sin Cofradía, del Santísimo Sacramento, la de san Antonio Abad, San Blas, Nuestra Señora de la Encarnación, San Roque, la Virgen del Rosario, las benditas Ánimas, Santa Lucía y la del Niño Jesús.

Vía crucis en Toro

Paco Iglesias

Miércoles Santo... noche cerrada, los cofrades se ajustan cíngulos y caperuzos en torno al Crucificado; y a una voz, elevan a su Cristo al cielo; ese que se manifiesta despejado y frío, raso que se dice por aquí, donde las estrellas no dejan de tintinear y la luna se anuncia en su nueva fase.

Conjuro de silencio... y al son sordo del tun-tunel de los bombos, sobre hombros, marcha Jesús camino a su condena de cruz bajo la imponente sombra de la Colegiata, que marca el inicio de su Vía Dolorosa. Te adoramos Cristo y te bendecimos.

La campana tañe, y su tañir nos marca el comienzo y final de cada estación junto con los toques destemplados de las cornetas. Suenan a funeral, estremecen en el silencio de la noche en la que el propio silencio es un clamor.

Las estrechas calles abrazan el avance del cortejo de caperuzos blancos y cruces maltesas rojas, contemplando al nazareno ya clavado en la Cruz, con la mirada extrañada por la agonía. Su faz expresa la cara oscura de la muerte.

Jesús cae por primera vez bajo el peso del madero... nos sobrecogemos en silencio y un escalofrío recorre nuestro ser; y repetimos... te adoramos Cristo y te bendecimos. A duras penas consigue levantarse, el peso de nuestros pecados le aplastan contra el suelo inmisericorde. Nuestras calles casi en penumbra velan su dolor y los nazarenos, abrazándolo nuevamente lo elevan sobre sus hombros.

Dejamos atrás la Judería y vuelta la esquina... le está esperando María, su santa Madre en su Soledad, que sufre y llora por su hijo coronado por las espinas que oradan su frente. No es sufrible tanto dolor para la madre que ve al hijo como se acerca al peor tormento en sacrificio.

Jesús está exhausto, no puede más, en La Magdalena necesita ayuda para llevar su Cruz, nuestra Cruz; encontrándola cual buen Cirineo en el cortejo que le acompaña en su Vía Dolorosa; que reza, Padre Nuestro que estás en los cielos... y nuevamente, a caminar hacia el Calvario. Por tú Santa Cruz redimiste al mundo.

Hemos llegado a Las Pajarinas y una mano amiga se atreve a romper el cortejo y limpia su rostro, no podía ver cegado por su propia sangre, que mana de las heridas provocadas por la iniquidad de nuestros desaires, son las espinas con las que coronan su frente .

Jesús vuelve a caer, es la segunda vez. El cortejo, su Cirineo, que le sigue y guía el camino, a duras penas consigue mantenerle en pie. Nuestras oraciones luchan por que siga vivo; escuchándose el coro de voces que le pide... perdona a tú pueblo, perdónale Señor. Y nuevamente, se levanta y camina...

Hemos llegado a La Merced, nueva parada, Jesús nos mira desde su Cruz, nos consuela de nuestras amarguras con su mirada moribunda, crispada por el dolor que soporta, apretando los dientes. ¡Perdón, oh Dios mío! El camino a la

muerte le está resultando largo, pero está cumpliendo con el mandato del Padre.

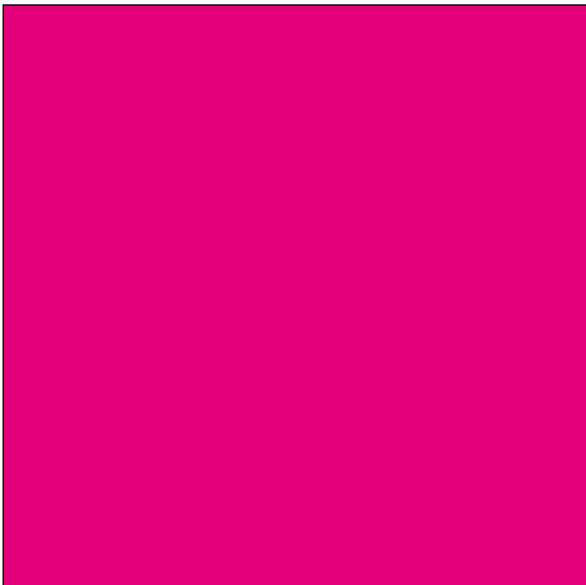
Jesús cae por tercera vez, está cerca el final, estamos ya en La Colegiata, nos acercamos a su Sepulcro; y una vez más nuestra oración... te adoramos Cristo y te bendecimos. Pidiéndole intercesión ante el Padre que perdone nuestra indolencia ante tanta injusticia.

Hemos llegado al final, a nuestro Gólgota. Jesús es despojado de sus vestiduras y sus verdugos se sortean su túnica. Nuestra parada ya no tiene retorno. Rodeado el Cristo de túnicas negras y capas blancas y rojas, el Coro le cubre como gran cúpula con su cántico que le arropa y abriga ante tanta desolación, incompreensión y condena.

Jesús es clavado en la Cruz. Pese a conocer su destino, su temor como hombre al sufrimiento de la Cruz se adivina en su mirada y crispación del rostro. Creemos escuchar los golpes secos del martillo sobre los clavos que le atan a su Cruz. Miserable lanzada costal tratando de restar vida donde ya no la hay... Y de su boca casi inerte escuchamos como un murmullo, ¡Padre, perdonales porque no saben lo que hacen!

Todo está cumplido. De entre sus labios ya inertes escuchamos en un último alito de voz: Padre, en tus manos encomiando mi espíritu. Jesús muere en la Cruz. Verdaderamente era el Hijo de Dios.





Pasión de Marfil y Carey: El Calvario de la Colegiata de Toro

Tomás del Bien Sánchez

La Ciudad de Toro conserva patrimonio de una gran calidad en cada uno de sus momentos y mucho de ese patrimonio tiene como protagonista la Pasión de Cristo. En otros números de Toro Cofrade hemos hablado sobre el valor de este patrimonio y este año quería traerlos a escena una de las representaciones más exquisitas y minuciosas de la que podemos disfrutar en Toro: el Calvario de marfil y carey de la Colegiata de Toro.

Empecemos por su historia. El calvario es de origen italiano y estaría traído a España en la época del virreinato de Nápoles, coincidiendo además con la estancia allí del Duque de Veragua, cuya viuda, doña Marina Teresa de Ayala, lo dona en 1710 para la capilla mayor del desaparecido Monasterio de San Ildefonso de Toro. Desde ese momento sirvió de tabernáculo del altar y en varias ocasiones estuvo en riesgo su integridad, siendo protegido por la gran valía que sus depositarios le tenían. Primero se salvó del incendio que durante la Guerra de la Independencia los franceses provocaron sobre el monasterio. Más tarde se trasladó el calvario a la capilla de San Bartolomé, donde temporalmente se instalaron los dominicos por unas obras en el monasterio. Salvado de nuevo en el Trienio Liberal, llegan las desamortizaciones y la destrucción de San Ildefonso. Tras todos estos avatares fue trasladado finalmente a la iglesia de San Pedro del Olmo, y que tras la supresión de ésta como parroquia en 1896, se instaló definitivamente en la Colegiata de Toro, donde hoy puede observarse en su sacristía. Como curiosidad hemos de citar su última aventura, ya que en 1981 fue robado por el conocido Erick el belga, sufriendo ciertos daños, y siendo recuperado en Alemania al poco tiempo. Desde entonces ha estado

en la Colegiata con varias salidas para exposiciones, como las Edades del Hombre de Zamora, o para restauraciones. Actualmente se encuentra en una intervención en el centro de restauración de Simancas.



En cuanto a su valía artística hemos de decir que se trata de una pieza bastante exclusiva dentro de la eboraria. De grandes dimensiones en su conjunto, la estructura del pedestal es de madera y está recubierta con carey. Sobre ella se representa en marfil la secuencia de la Redención de Nuestro Señor en un total de catorce escenas: la principal en la parte superior y de mayor tamaño con Cristo Crucificado acompañado de la Virgen y San Juan, un medallón central con el Lamento sobre Cristo Muerto o Piedad, y doce medallones dispuestos de manera circular con el resto de escenas de la Pasión. Cada una de estas representaciones está labrada sobre un bloque de marfil, en una muestra infi-



nita de ingenio y paciencia en la talla debido al pequeño tamaño de las esculturas.

Se trata de trece escenas por lo tanto en medallones circulares. En el centro el Lamento por Cristo Muerto o Piedad, recién descendido de la cruz por Nicodemo y José de Arimatea. Es una composición triangular en la que hay que destacar la expresividad de dolor de todos los personajes, sobre todo en María Madre que clama desconsolada con los brazos abiertos, María Magdalena abrazada a los pies de Cristo o San Juan en un profundo lamento. Hay que destacar esa minuciosidad de representar incluso los pañuelos en los que se enjugan las lágrimas o los pliegues del sudario sobre la cruz.

Alrededor de esta representación los otros doce medallones dispuestos de manera circular a modo de reloj. Narran los momentos clave de los diferentes episodios evangélicos. Se trata de composiciones muy barrocas, con acumulación de figuras y atrezzo y un gran dinamismo y movimiento. Se busca la profundidad con escorzos y posturas muy marcadas y con la simulación de perspectivas a través de paisajes y arquitecturas, superponiendo planos, alternando el protagonismo al primer o al segundo plano de cada medallón para ganar en narrativa y consecución argumental. Aunque no tienen la calidad de las piezas superiores del Calvario, hay que reconocer que la limitación espacial impide el desarrollo de mayor cuidado ar-

tístico, siendo en su conjunto piezas cuidadosamente tratadas y con una minuciosidad, expresividad y narrativa exquisita. Todas están inspiradas, o casi todas en grabados flamencos de los que recorrían Europa en el siglo XVII y que extendieron los modos formales e iconográficos, y en dibujos de pintores barrocos italianos, siendo una amalgama perfecta que toma de lo flamenco y de lo italiano para darnos una idea de la iconografía tipo de la Europa de la época, que además recoge la iconografía representativa de la Pasión en sus grandes rasgos argumentales, viéndose ya las modificaciones que establece la Contrarreforma en cuanto a la representación plástica de escenas evangélicas. A modo general destaca el tremendo trabajo detallado, existiendo figuras prácticamente exentas del resto de la escena y que solamente les une con el conjunto los pies. Actitudes nerviosas y dinámicas, gesticulación de los protagonistas, iconografía alegórica, utilización de recursos para la profundidad y la perspectiva tales como lámparas, balcones, cortinas o árboles.

A continuación pasamos a una breve descripción de cada medallón para establecer el discurso narrativo de esta pieza:

- Santa Cena: simulando el interior de una sala con bóveda sobre columnas iluminada por una lámpara de velas, se dispone en el centro la mesa con un minucioso bodegón en ella en el que se representa el Cordero. Cierra la sala con una pared en bajorrelieve y las figuras se disponen de manera en a que Cristo, con aureola es el centro de la composición. Destacar en primer



plano la minuciosidad que deja ver hasta la bosa de monedas que porta Judas.

- Oración en el Huerto: Los apóstoles duermen en primer plano y un ángel sobre un promontorio aparece con la cruz y el cáliz. La profundidad la dan las huestes militares que llegan desde el fondo. Prácticamente exentos los árboles y la nube de la parte alta para darnos perspectiva e imagen de escenario.
- El Prendimiento: de nuevo un entorno paisajístico envuelve la escena central del beso de Judas, que abraza a Cristo, que muestra una actitud ausente mientras los soldados, lanzad en lid les rodean y le apresan. Como detalle en primer término San Pedro corta la oreja de Malco. Excelente la resolución de acometer tres capítulos en una sola escena.
- Jesús ante Caifás: escena interior en la que el sumo pontífice con su mitra en un estrado y rodeado de miembros de Sanedrín espera la llegada del Redentor bajo una dosel. Cristo rodeado por los soldados que le llevan donde uno, semi de espaldas, marca la profundidad y el dinamismo de esta escena, ayudado de la representación prácticamente exenta de una de las lanzas y los pliegues de una banderola.
- Flagelación: en el centro Cristo maniatado de espaldas a la columna baja y abalaustrada, es golpeado por los sayones. Gran logro anatómico en el cuerpo desnudo de Jesús, que transmite la tensión del momento. La escena se desarrolla en

una especie de patio interior debido a los elementos arquitectónicos que se observan: arcadas en primer y segundo plano.

- Coronación de espinas: de nuevo una imagen sobre un fondo arquitectónico de corte clásico. Cristo sentado es coronado por tres sayones mientras otros dos e actitud más relajada con un tratamiento que trasmite de manera inusitada ese ánimo. Uno medio sentado y otro apoyado en la pared.
- Ecce-Homo: Cristo es presentado sobre un balcón en segundo plano mientras la turbe se acumula en el primer plano, conde uno de los personajes enseña la cruz como símbolo de su martirio. Destaca la actitud de sorpresa de las figuras en primer plano y la formación a modo de barrera de los soldados bajo el balcón.
- Cristo con la Cruz a cuestas: el Camino del Calvario es una de las escenas más multitudinaria y mejor resuelta. Cristo en el centro conducido por uno de los sayones entre la multitud, mientras otro le golpea. Un tercero espolea a un caballo portando una bandera que hondea al viento ahondando en el dinamismo de la composición. Otro sayón con una especie de corneta espolea a la turbe. En segundo plano, gente asomada a ventanas observan la escena.
- Caída: Jesús cae con la Cruz mientras los sayones lo humillan y lo golpean. Composición con perspectiva acusada que subraya el sentido de presión y violencia. Al fondo la Virgen, con venera asiste el hecho flanqueada de María



Magdalena y San Juan. Aparece ayudando a Jesús Simón de Cirene.

- La Verónica: Una mujer aparece en el camino dispuesta a secar el rostro de Jesús. Cristo en el centro conjugando toda la escena en torno a la parada en el camino. Sorprendente actitud de conversación entre las figuras situadas a la izquierda, una de ellas en un bien resuelto escorzo para aportar dinamismo al conjunto. Ambientación paisajística de aspecto desolador donde se avista ya una cruz sobre un promontorio.
- La desnudez: Vemos en el centro a Cristo sentado mientras es despojado de sus vestiduras y coronado con las espinas. Al fondo, varios personajes preparan la cruz para el martirio. Un sayón, que por su gorro parece el que manda, asiste en la escena de brazos cruzados.
- Crucifixión: una de las escenas más difíciles de plantear y resolver compositivamente. La cruz en diagonal en el suelo con Cristo siendo clavado en ella. Minuciosidad absoluta en los detalles de la escena, como las tenazas en primer plano, o la bandera ondeando al viento, sobre un fondo neutro buscado para resaltar el dramatismo de la escena.

Como ya hemos dicho, en el centro la Piedad o Llanto por Cristo Muerto. Culmina todo el conjunto un Calvario exento de clara influencia contrarreformista en sus formas. Se trata de un Cristo expirante, vivo, sufriente, con un tratamiento anatómico impecable y un tamaño inusual por lo difícil del material. Todo el cuerpo de una sola pieza se ensambla con los brazos y el paño de pureza. Tiene la cabeza levantada y porta una corona de espinas de rama sencilla. Flanquean a Cristo la Virgen María, de exquisito modelado cruzando las manos en su pecho y con una expresión bellísima y delicada en su rostro donde enmarcan los bucles del pelo, y San Juan, en actitud más dinámica secándose el rostro y con una mano separada del cuerpo. Son de un canon bastante más alargado, adaptándose hábilmente a la curvatura del material.

Culminan la pieza una serie de detalles sobre el calvario como unos ramilletes vegetales decorativos, que imprimen un carácter de dinamismo y quiebras muy propios de la estética barro-



ca. En el frente del calvario aparece representado un pelícano su pecho para dar de comer a su crías, remitiendo al esfuerzo de una padre por unos hijos, símbolo del sacrificio de Jesús para salvar a los hombres.

En definitiva, en la Colegiata de Toro, tenemos un magnífico testimonio de La Pasión de Cristo, contada a escala minúscula pero con todo lujo de detalles y una narratividad y preciosismo envidiables. Una más de las joyas que guarda la ciudad de Toro. Para un mayor conocimiento de esta pieza no duden en acudir a los análisis de José Navarro Talegón y de Margarita Estrella.



Junta
Pro-Semana
Santa
de
Toro



AYUNTAMIENTO
DE TORO

ZAMORA
patrimonio
sostenible



Junta de
Castilla y León

